

Capítulo 7

La marca de quienes son de Dios

([índice](#))

Apocalipsis 7:1-3: Después de esto vi cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra para que no soplara viento alguno sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre árbol alguno. Vi también otro ángel que subía desde donde sale el sol, y que tenía el sello del Dios vivo. Clamó a gran voz a los cuatro ángeles a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: “No hagáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”.

El séptimo sello no se abrirá hasta llegar al capítulo octavo. Se abre en ocasión de la segunda venida de Cristo. Por consiguiente, la obra de sellamiento descrita en este capítulo se intercala entre los eventos correspondientes a la apertura del sexto sello y el séptimo. Dicho de otro modo: estos acontecimientos suceden justamente antes de la segunda venida de Cristo, pero después de la caída de las estrellas que ocurrió en el año 1833 de nuestra era. Los seis sellos han preparado el camino para la importante obra de esos cuatro ángeles, y la del “otro ángel que subía desde donde sale el sol” (el este).

En el capítulo cuarto hemos observado cómo los ángeles guían los asuntos humanos. Esos “cuatro ángeles” están ahora mismo en todas partes de la tierra evitando calamidades y desastres que obstaculizarían o impedirían el desarrollo de la obra de Dios.

Los “vientos” significan en la profecía bíblica contiendas, conflagraciones y guerras entre las naciones. Es conocido lo que

sucede cuando los cuatro vientos soplan simultáneamente: se constituye una formación espiral destructiva que llamamos tornado. Un vendaval o tornado militar, político o social como ese dificultaría el progreso del mensaje divino de salvación a nivel mundial (ver Daniel 7:2 y Jeremías 25:32). La seguridad y la paz de las que aún gozamos se deben a la obra de esos cuatro ángeles.

Jeremías describe lo que está por venir cuando se suelten por fin los cuatro vientos del odio humano: “El mal irá de nación en nación, y grande tempestad se levantará de los fines de la tierra. Y yacerán los muertos de Jehová en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro” (Jeremías 25:32-33). Se trata precisamente de la inminente gran batalla de Armagedón. Dios ordena a esos cuatro ángeles que impidan que se desencadene hasta tanto no hayan sido sellados sus fieles seguidores.

¿En qué consiste el sello del Dios viviente? Ezequiel será de gran ayuda al respecto, ya que cita ese sello o “señal” que se pone en las frentes de los fieles seguidores que constituyen el pueblo de Dios (Ezequiel 9:3-4). Esa “señal” es indicativa de victoria sobre el pecado y de lealtad al Señor.

En Egipto, cuando el ángel destructor recorrió la tierra para dar muerte a los primogénitos de los egipcios, “pasó de largo” (Pascua) los hogares cuyos dinteles de la puerta estaban señalados con la sangre del cordero. Así también, en la destrucción final, se da la orden a los ángeles destructores: “A todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis” (Ezequiel 9:6). Así, el “sello del Dios vivo” es una marca o señal que identifica al pueblo de Dios como perteneciéndole. El hecho de que sus seguidores sean sellados “en sus frentes” significa que tiene que ver con el carácter. La gran preocupación de Dios tiene que ver con el carácter de su pueblo.

Según Efesios 4:30, el encargado de aplicar el sello —el Sellador— es el Espíritu Santo.

Juan vuelve a referirse a ese sello en Apocalipsis 14:1. Afirma que los ciento cuarenta y cuatro mil “**tenían el nombre de él [el Cordero] y el de su Padre escrito en la frente**” (Apocalipsis 14:1). ¿Cuál es el nombre de Dios? En 1 Juan 4:8 leemos que “**Dios es amor**”. Cuando el carácter de los seguidores de Dios es transformado hasta venir a ser perfecto amor, entonces estará el “**nombre ... de su Padre**” escrito en las frentes de ellos.

¿Cómo se revela el amor? “**El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor**” (Romanos 13:10). Si profesamos amar a Dios pero no cumplimos su ley, negamos el sello de Dios. Y si profesamos guardar los mandamientos de Dios, pero nuestras vidas no manifiestan amor, estamos negando al Espíritu Santo, que es quien sella a los seguidores de Dios. “**El fruto del Espíritu es amor**” (Gálatas 5:22).

Un sello es una marca de autoridad, y tiene que ver con las leyes que rigen un gobierno. “**Un edicto que se escribe en nombre del rey, y se sella con el anillo del rey, no puede ser revocado**” (Ester 8:8). La reina Ester sabía que si el rey Asuero sellaba el edicto de la ley persa, ya nunca se podría revocar. Dios dijo mediante Isaías: “**Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos**” (Isaías 8:16). Es, pues, de esperar que encontremos el sello de Dios en su ley.

A fin de tener validez legal, un sello real debe incluir tres componentes:

1. El *nombre* del legislador.
2. La *posición* o autoridad del legislador.

3. El *territorio* sobre el que la ley se aplica. Por ejemplo, el sello de la reina de Inglaterra constaría del nombre (Elisabet), de la autoridad o posición (reina), y del territorio afectado (Gran Bretaña, Irlanda y los países de la Commonwealth).

¿Dónde podemos encontrar el sello de Dios en su ley? Solamente el mandamiento sobre el sábado (Éxodo 20:8-11) contiene los tres elementos esenciales de un sello:

1. *Nombre* del legislador: “El séptimo día es sábado para **Jehová tu Dios**”.
2. *Posición* o autoridad (Creador): “En seis días **hizo Jehová...**”.
3. *Territorio* afectado: “...**los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay**”.

Cuando Isaías escribió de parte de Dios “**Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos**”, lo hizo en el contexto de restablecer la ley de Dios a su legítima posición de autoridad. Es evidente que de alguna forma los siervos de Dios habían sido negligentes, o habían pasado por alto algo importante respecto a la ley de Dios. Ese algo tenía que ser restaurado por parte del ángel que pone el sello de Dios en las frentes de sus seguidores, antes de que el séptimo ángel ponga fin a la historia.

La gran pregunta ahora es esta: ¿cuál es el mandamiento que está siendo objeto de negligencia de forma generalizada por parte de los “seguidores” de Dios? Ciertamente, el cuarto mandamiento: el mandamiento sobre el sábado. Muchos se han apartado del verdadero sábado del Señor, que es el séptimo día de la semana (el que sigue al viernes). Leemos que la adecuada observancia del sábado es la señal de que es Dios quien santifica a su pueblo: “**En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal entre**

mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico” (Éxodo 31:13). El sábado es también la señal mediante la cual su pueblo puede saber que el Señor es su Dios: “Santificad mis sábados, y sean por **señal** entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová, vuestro Dios” (Ezequiel 20:20).

El sábado nunca debía quedar restringido a los judíos como nación. Dios lo santificó para el hombre en la Creación, mucho tiempo antes de que existiera el primer judío. Jesús, quien es nuestro ejemplo divino, guardó el sábado. Él mismo afirmó que no había venido a cambiar o destruir la ley: “**No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir ... De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos**” (Mateo 5:17-19).

Jesús especificó que la observancia del sábado seguiría vigente después de su crucifixión y resurrección (Mateo 24:15-21). Los apóstoles y los cristianos gentiles guardaron el sábado (Hechos 18:1 y 4; 17:2; 13:42-44). Juan señaló que los seguidores de Dios en los últimos días guardarían todos sus mandamientos, incluyendo el del sábado: “**Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús**” (Apocalipsis 14:12). El sábado se seguirá guardando en los cielos y la tierra nuevos que el Señor va a crear (Isaías 66:22-23).

Por consiguiente, recibir el “**sello de Dios**” es recibir la señal distintiva que lo aparta a uno de los demás por ser diferente y peculiar. Se dice a los ángeles destructores: “**A todo aquel sobre el cual esté la señal, no os acercaréis**” (Ezequiel 9:6). Pero todos los demás, incluyendo a “**los hombres ancianos que estaban delante del templo**” van a ser destruidos. ¿Es la observancia del sábado algo

que distingue a una persona por ser diferente a la mayoría de la gente?

Así es. En la llamada “era cristiana” una de las cosas más peculiares que puede hacer una persona es observar el verdadero sábado del Señor, el día séptimo que sigue al viernes: el día que Dios puso aparte y santificó. El mundo entero, pagano y cristiano, tiene el sábado del Señor por un día común de trabajo, negocio y ocupación secular. Millones de personas, debido a la influencia del paganismo y del papado, observan en su lugar el domingo o primer día de la semana. Quien observa el verdadero sábado del séptimo día es realmente peculiar y diferente. Esa diferencia se relaciona con el “sello de Dios”.

Pero se debe recordar que la verdadera observación del sábado es la consecuencia de una conversión genuina al Señor. No consiste meramente en descansar en el día de sábado. Recibir el sello de Dios y observar el verdadero sábado implica recibir la obra del Espíritu Santo en el corazón. Se trata de un “reposo” del pecado y del yo: “Queda un reposo [*sabbatismós*] para el pueblo de Dios, porque el que ha entrado en su reposo también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Hebreos 4:9-10). Esas “obras” de las que reposa el creyente, son las obras humanas: obras de orgullo y de amor hacia uno mismo.

La obra de ese ángel sellando a los siervos de Dios es la actividad más importante en el mundo hoy. Continuará hasta que se hayan recogido y sellado de entre “toda nación, tribu, lengua y pueblo” los verdaderos seguidores de Dios. Ningún poder de la tierra o del infierno puede detener el progreso de esa obra. Con ese fin los “cuatro ángeles” continúan reteniendo los cuatro vientos de las contendas en todo el mundo. Pero sólo por un poco más de

tiempo: pronto llegará el “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Daniel 12:1).

Apocalipsis 7:4-8: Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil. De la tribu de Gad, doce mil. De la tribu de Aser, doce mil. De la tribu de Neftalí, doce mil. De la tribu de Manasés, doce mil. De la tribu de Simeón, doce mil. De la tribu de Leví, doce mil. De la tribu de Isacar, doce mil. De la tribu de Zabulón, doce mil. De la tribu de José, doce mil. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados.

Algunos se preguntan cómo es posible que los cristianos sean divididos en las doce tribus de Israel. Encontramos la explicación en el libro de Romanos: “Ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos suyos ... Esto es: no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que son contados como descendencia los hijos según la promesa” (Romanos 9:7-8). “No es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu y no según la letra” (Romanos 2:28-29). Santiago dirigió su carta del Nuevo Testamento a cristianos, a quienes llama “las doce tribus que están en la dispersión” (Santiago 1:1). Los creyentes en Cristo constituyen el verdadero pueblo de Dios.

La Nueva Jerusalén es la ciudad de Cristo; no obstante, sus puertas tienen el nombre de las doce tribus de Israel, y todos los que entren en ella lo harán por una de esas doce puertas. El propio Jesús era judío “en lo interior ... del corazón, en espíritu”.

¿Por qué está el pueblo de Dios dividido en doce tribus distintas? Cada una de las tribus de Israel tenía rasgos peculiares de carácter

que están enumerados en Génesis 49:1-28 y en Deuteronomio 33:6-24. No son todos los miembros de cada tribu quienes son contados entre los vencedores que constituyen los ciento cuarenta y cuatro mil. De cada una de las tribus son sellados solamente doce mil.

¿Qué sucede con los otros? Eligieron no ser vencedores. Está ausente toda la tribu de Dan, evidentemente por su rechazo a vencer el pecado de la maledicencia o murmuración: “Será Dan serpiente junto al camino, víbora junto a la senda” (Génesis 49:17). ¡Elijamos estar entre los vencedores!

Vemos que los ciento cuarenta y cuatro mil pueden constituir una grandísima compañía.

Apocalipsis 7:9-12: Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos. Clamaban a gran voz, diciendo: “¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!” Y todos los ángeles que estaban en pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, se postraron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, diciendo: “¡Amén! La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, la honra, el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!”

Esa “gran multitud” podría incluir a los ciento cuarenta y cuatro mil, que probablemente se trata de un número místico. En la Biblia los números no siempre se cuentan tal como solemos hacerlo. Cuando Jesús alimentó a los cinco mil, Mateo especifica “sin contar las mujeres y los niños” (Mateo 14:21). Juan oyó primeramente “el número de los sellados” (Apocalipsis 7:4): ciento cuarenta y cuatro

mil. Posteriormente vio “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas”. Esa multitud es claramente el fruto de la predicación del mensaje de los “tres ángeles”, que en los últimos días hace llegar el evangelio eterno a toda “nación, tribu, pueblo y lengua” (Apocalipsis 14:6-7). ¡Hay sitio para todos en esa gran multitud!

Sin ninguna duda los ciento cuarenta y cuatro mil son los que estarán vivos en la tierra cuando Jesús regrese. Tendrán una experiencia especial. La gran multitud pudiera incluir también algunos que vivieron en épocas pasadas, y que serán resucitados cuando venga el Señor (1 Tesalonicenses 4:16-17). Disponemos de más información sobre ellos:

Apocalipsis 7:13-17: Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: “Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?” Yo le dije: “Señor, tú lo sabes”. Él me dijo: “Estos son los que han salido de la gran tribulación; han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y lo sirven día y noche en su templo. El que está sentado sobre el trono extenderá su tienda junto a ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno, porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”.

¡Gracias a Dios porque ese anciano —de entre los veinticuatro— se anticipó a la pregunta de Juan y la nuestra! Dios quiere que comprendamos este libro.

Esa “gran tribulación” es la misma que nombra Daniel. Viene justo antes del fin: “En aquel tiempo [cuando se cierre la puerta de la misericordia] se levantará Miguel [Cristo se dispondrá a reinar] ...

Será tiempo de angustia cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro” (Daniel 12:1).

Los ciento cuarenta y cuatro mil habrán atravesado el “tiempo de angustia cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces”, habrán experimentado el “tiempo de angustia para Jacob” (Jeremías 30:6-7) y habrán estado sin intercesor en el tiempo del derramamiento de las plagas. Habrán vivido en la tierra entre hambres, epidemias y pandemias; sabrán lo que es resistir el intenso calor del sol, y ellos mismos habrán experimentado el sufrimiento, el hambre y la sed. Pero ahora, por fin, “ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno”.

Habrán vivido durante las siete últimas plagas (Apocalipsis 16), de las que habrán salido ilesos. De ellos habla el libro de Salmos: “Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal ni plaga tocará tu morada” (Salmo 91:9-10). “Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; lo pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia” (Salmo 91:14-15).

¿Hay algún tesoro en esta tierra que se pueda comparar al privilegio de ser contado entre esa “grande multitud”? El fruto de la fe en Cristo es la formación en esta vida de un carácter semejante al de Cristo. El Señor no va a cambiar el carácter de nadie en su venida. Se nos da precioso tiempo durante toda una vida, en el que poder lavar nuestras vestiduras y blanquearlas “en la sangre del Cordero”. Se trata de principio a final de un asunto de gracia de Dios, no de obras humanas.

Nuestros rostros han sido surcados por muchas lágrimas. Todos sabemos qué es la pena, el luto y el chasco, y muchos también la pobreza extrema. Pero no habrá ninguna lágrima cuando el pueblo de Dios vista las ropas blancas. Para entonces habrán aprendido a confiar en el Señor, sabiendo que todo lo que él hace por nosotros es para nuestro bien. ¿Quién se puede desanimar mientras crea que el Señor tiene bajo su control todo lo que nos pueda suceder?